

indignación fueron generales. Y, al fin de cuentas, ante los cuernos de la vaca lechera, ante el hocico del puerco y ante el pico de la gallina y la pata del ganso, *los Soviets se han visto obligados a ceder...*

Frente a la insurrección aldeana, el sumo sacerdote Stalin se bate en retirada quemando los últimos cartuchos. Es verdad —y no desdeñe el lector este detalle—, es verdad que al lado de las mansas bestias y de las aves de corral, figuran el mujik, su mujer y la larga y dolorosa cadena de hijos. Todo un pueblo, y casi tiene uno ganas de escribir: ¡Todo un mundo!—CARLOS DEAMBROSIS-MARTINS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

EUGENIO GARZON, PROFESOR DE CONCORDIA

EL *Imparcial*, diario prestante de Montevideo, está publicando fragmentos de un hermoso libro de don Eugenio Garzón, intitulado *Mis Patriadas*. En él evoca el noble patrio figuras históricas de una época fenecida, actitudes de afirmación y rebeldía, el quijotismo de sus mocedades, la ardua empresa de una generación que establece libertades civiles. El relato es ameno y libérrimo; en él se maridan la añoranza y la admonición, el himno patriótico y la melancolía. A veces parece grave testamento, otras canto de alacridad y de esperanza. El historiador de una viril epopeya castiza huye de la retórica, narra sencillamente, conmueve con algún rasgo inesperado o una imagen que enlaza soberbiamente la tierra nutricia y la acción humana.

Don Eugenio Garzón, a quien llaman familiarmente sus amigos don Eugenio, ha sido siempre el caballero andante y militante de muchos ideales. Hijo de un Libertador, del General Garzón, a quien han consagrado recientemente homenaje muchas de nuestras repúblicas, él también interviene en la ruda gesta de su nación con gallardía y entusiasmo. «La enfermedad del alma, acaba de escribir recordando a Clemenceau, es la frialdad», y él ha sido siempre adalid ardiente, cruzado sin reposo, soldado andariego por tierras ásperas, resuelto en todo instante al sacrificio.

Hombre de todas horas, habría dicho de él Gracián. Elegante sin incurrir en dandismo, ama la acción y el mundo; se

bate en duelo y escribe madrigales; un donjuanismo de buena ley lo atrae, pero su *garçonnière* de la rue Daru es propicia al estudio, ostenta en los anaqueles ediciones de los clásicos castellanos. Preside una mesa con elegancia, sabe llevar un chaqué impecable y recuerda con extraordinaria precisión acaecimientos históricos, engarza anécdotas, ordena fechas, explica la influencia de grandes políticos uruguayos.

Es ciudadano de París, de la «ciudad acústica» que ha descrito en un libro personalísimo; mosquetero en los bulevares, conquistador de los salones de *El Fígaro*, diario parisino que tomó hace treinta años por asalto. Estableció en él una manera de tribuna y se dedicó a revelar la vida de nuestra América no con fácil elocuencia sino con cifras y documentos. Crónica que convencía a los financieros y a los hombres de negocios, que estudiaba nuestro esfuerzo operoso y la seriedad de nuestras luchas. En todos los caminos donde hoy se asocian la amistad sudamericana y la simpatía francesa tropezamos con alguna iniciativa de don Eugenio Garzón. El supo ajustar voluntades, suscitar simpatías, estimular curiosidades, coordinar nociones.

Un incomparable desinterés lo guiaba en esas campañas. Don Eugenio decía «mi América», con el fervor de quien recuerda a Dulcinea, como genuino servidor de Ariel. Ponía en su actividad discreción y silencio para redimirnos así de nuestro tumulto habitual y de nuestra exuberancia. «En mí se esconde el árabe», observa con frecuencia sonriendo; es decir, el hombre de las soledades tristes que observa y calla. Entre conquistadores del oro y advenedizos adinerados, se mantenía austero y sincero, opuesto al tráfago vulgar. Enhe estaba voluntades, aplaudía tentativas, pero sobreponía en toda ocasión la elegancia a la utilidad, la armonía al inferior combate de los apetitos. Nadie pudo ganarle para tareas de división en América, para elevar a determinada nación en detrimento de otras y afirmar, con nefaria vehemencia, provincialismos o nacionalismos. Según la tradición de Bolívar, él enseñaba, con pertinaz lección, los beneficios de la unidad moral y del acercamiento económico.

Aristócrata, patricio descendientes de españoles, ligado a lo pretérito con natural ufanía, no por eso desconoce el señor Garzón las modernas condiciones de nuestra existencia democrática. Al contrario, declara que el honor lo mismo puede refugiarse en las casonas españolas que en el humilde rancho, en el campo bárbaro y en la ciudad señorial. El quisiera asociar a las clases en el esfuerzo presente, combatir todo estéril encono y al mismo tiempo pedir a la gente moza, al aluvión cosmo-

polita, que no olvide batallas de gloriosa resonancia, héroes de ayer como aquellos evocados por Carlyle que son perennes fuentes de luz; el grave y magnífico empeño de la generación libertadora y de la generación constructora. Combate la extrema modernidad que lleva a olvidar el acervo de las glorias castizas. Sin ser *laudator temporis acti*, se inquieta al contemplar el vértigo, el dinamismo, la frivolidad del *Cocktail party*, el frenesí contrario a la meditación.

Como «celador» de las glorias nacionales, como lucido consejero y como augur, don Eugenio teme sobre todo a las revoluciones. Me parece que llegaría a afirmar, siguiendo a Goethe, que ha de preferirse una injusticia al desorden, sobre todo en pueblos incipientes donde el debate sangriento de las facciones puede destruir la unidad. El ejército que él distingue de lo que denomina «la secta militar» debe contribuir a avigorar el patriotismo y a ligarlo no a individualidades transitorias sino a sentimientos y a ambiciones permanentes.

Hoy se presenta como creador de armonía y profesor de concordia. Ofrece un «evangelio político» a las nuevas generaciones de América. Ni discordia letal ni apresuramiento. Defensa de las instituciones, colaboración con el tiempo para que la obra sea sólida y durable, evolución y no revolución. Ante las crisis frecuentes en la historia del Nuevo Mundo, el escritor aconseja esperar, porque ellas pasan y los pueblos perviven, y nada se obtiene desquiciando con el combate de los partidos los frágiles basamentos de nacionalidades apenas formadas.

Mantener el orden y conciliarlo con la libertad, aceptar la crítica y evitar el desgobierno, avigorar la autoridad y no oponerse a la discusión libre, tal me parece el ideal de este evangelio político. Elogia el señor Garzón a Batlle y Ordóñez, el firme caudillo, y al presidente de estos días del centenario, el señor Campisteguy, porque no incurrieron en desmesura y, en el foro agitado por pasiones necesarias, han contribuído a fundar un régimen estable. Escuchemos el justo elogio del Uruguay presente hecho por el autor de *Mis Patriadas*: vida filosófica, experiencias jurídicas, leyes que redimen al hombre del imperio de la servidumbre, todo ello pasma a los observadores sudamericanos y revela que culmina en la democracia uruguaya el esfuerzo político y social de un siglo de historia americana.

Ejemplar enseñanza la del hijo y continuador de un héroe epónimo, de uno de los padres de la patria. En los umbrales de una nueva edad, cumplidos los primeros cien años de una existencia difícil y patética para su pueblo, él ata a las generaciones sucesivas con los vínculos de una fecunda solidaridad,

exalta con la autoridad de su vasta experiencia lo pasado sin desdeñar tampoco lo actual, y, de pie frente al porvenir, como figura profética, anuncia que la viril democracia, si evita antagonismos y mantiene libertades esenciales, ejercerá perpetua influencia espiritual sobre los destinos de la América eviterna. —FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

LITERATURA Y ACTITUD AMERICANA

JUZGAR la obra, no a la manera habitual de los críticos literarios que la ponen siempre al servicio del esquema anticipado que suelen formarse de la Literatura, sino relacionándola con cierto tono vital que predomine en la época, buscando la correspondencia entre la forma y el contenido, puede ser una labor muy esclarecedora de experiencia crítica. Distinguiríamos así cierto estilo propio de cada generación, que descontando los elementos extremadamente individuales, o aquello muy general de la técnica literaria, nos revelaría la actitud espiritual de una época ante el mundo, porque como quisiéramos comprobar, no es indiferente que en el dominio común de cada período literario prevalezcan con exclusión de otros ciertos adjetivos o epítetos; haya toda una estructura de metáforas, surjan expresiones con valor casi simbólico de signos para la inteligencia o la comunicación colectiva. Justamente en nuestra América, tierra todavía de colonización espiritual, y donde, por lo tanto, los pensadores originales son escasos, esta valoración de estilo y obra, nos ayudaría a fijar el perfil de cada generación, las ideas que asoman en el horizonte, la temperatura de la conciencia contemporánea. Comparar, por ejemplo, en nuestro pequeño mundo intelectual, una página de Rodó escrita hace quince años con una página reciente de Mariátegui, nos revelaría el camino recorrido en ese tiempo por la inteligencia y la sensibilidad americanas. No se trataría precisamente de analizar ideas: se nos objetará que Rodó es un plácido liberal y Mariátegui un revolucionario, pero hasta en aquel dominio que nos parezca menos contaminado por la pasión individual—un juicio artístico, una página de simple literatura—fijaríamos las diferencias y las distancias. Cada época, cada generación viene a realizar sus propios problemas, a buscar en el mundo intereses nuevos, y cuando no lo hace y se contenta con seguir bordando en el telar de la tradición, podemos hablar